

La Habitación de Ámbar

bolsillo
de ideas

La Habitación de Ámbar

Steve Berry

Traducción:
Carlos Lacasa Martín



Para mi padre,
que sin sospecharlo encendió el fuego hace décadas,

y para mi madre,
que me enseñó la disciplina necesaria para mantener viva
la llama.

Agradecimientos

Alguien me dijo una vez que la escritura es una actividad solitaria y he comprobado que es cierto. Pero un manuscrito nunca se termina en el vacío, especialmente aquel que tiene la suerte de ser publicado, y en mi caso son muchas las personas que me ayudaron en la travesía.

Primero está Pam Ahearn, una extraordinaria agente que convirtió todas las tempestades en aguas tranquilas. Después, Mark Tavani, un editor notable que me dio una oportunidad. Después tenemos a Fran Downing, Nancy Pridgen y Daiva Woodworth, tres mujeres encantadoras que hicieron especial cada una de las noches de los miércoles. Tengo el honor de ser «una de las chicas». Los novelistas David Poyer y Lenore Hart no solo me ofrecieron lecciones prácticas, sino que me condujeron hasta Frank Green, que dedicó el tiempo necesario a enseñarme lo que debía saber. También están Arnold y Janelle James, mis suegros, que nunca intentaron desanimarme. Por último, están todos aquellos que escucharon mis disquisiciones, leyeron mis pruebas y ofrecieron su opinión. Temo escribir sus nombres porque podría olvidar a alguno. Sabed, por favor, que todos habéis sido importantes y que vuestras meditadas opiniones llevaron este barco a buen puerto, sin duda alguna.

Y por encima de todo hay dos personas especiales que significan todo para mí: mi esposa Amy y mi hija Elizabeth, que juntas hacen que todo sea posible. Incluido esto.

Sea cual sea el motivo por el que se devasta un país, deberíamos salvar aquellos edificios que honran la sociedad humana y no contribuyen a aumentar la fuerza del enemigo, como, por ejemplo, los templos, las tumbas, los edificios públicos y todas las obras de notable belleza... Es declararse enemigo de la humanidad privarla injustificadamente de tales maravillas del arte.

—Emmerich de Vattel,
La ley de las naciones, 1758

He estudiado en detalle el estado de los monumentos históricos en Peterhof, Tsarskoe Selo y Pavlovsk, y en estas tres ciudades he sido testigo de ultrajes monstruosos contra la integridad de tales espacios. Además, los daños causados, cuya extensión dificulta en extremo la elaboración de un inventario completo, muestran señales de premeditación.

—Testimonio de Iosif Orbeli, director del museo Hermitage, ante el Tribunal de Nuremberg el 22 de febrero de 1946

Prólogo

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE MAUTHAUSEN, AUSTRIA

10 DE ABRIL DE 1945

Los prisioneros lo llamaban *Oídos* porque era el único ruso en el pabellón ocho que entendía el alemán. Nadie usaba jamás su verdadero nombre, Karol Borya. *Ýxo* (*Oídos*) había recibido este remoquete el mismo día en que llegó al campamento, hacía más de un año. Era una etiqueta que llevaba con orgullo y una responsabilidad que acometía con devoción.

—¿Oyes algo? —le susurró uno de los prisioneros desde la tiniebla.

Ýxo estaba acurrucado junto a la ventana, apoyado sobre el vidrio gélido. Su respiración se convertía en leves volutas de gasa en aquel aire seco y tético.

—¿Quieren más diversión? —preguntó otro prisionero.

Hacía dos noches, los guardias habían entrado en el pabellón ocho en busca de un ruso. El hombre resultó ser un soldado de infantería relativamente recién llegado al campamento y procedente de Rostov, cerca del Mar Negro. Sus gritos se oyeron durante toda la noche y solo los interrumpió al final una ráfaga entrecortada de ametralladora. Su cuerpo ensangrentado fue colgado a la mañana siguiente de la puerta principal, de modo que todos pudieran verlo.

Ýxo apartó la mirada rápidamente de la ventana.

—Silencio. El viento no deja oír bien.

Los catres, llenos de piojos, estaban dispuestos en literas de tres pisos. Cada prisionero disponía de menos de un metro cuadrado. Un centenar de pares de ojos le devolvieron la mirada.

Todos ellos respetaron su orden. Ninguno se movió, pues su miedo había quedado diluido hacía ya tiempo por el horror de Mauthausen. De repente, Borya se apartó de la ventana.

—Vienen.

La noche helada entró detrás del sargento Humer, el responsable de los prisioneros del barracón ocho.

—*¡Achtung!*

Claus Humer era *Schutzstaffel*, SS. Otros dos soldados armados de las SS aguardaban a su lado. Todos los carceleros de Mauthausen pertenecían a dicho cuerpo. Humer no llevaba armas. Nunca lo hacía. No necesitaba más protección que su metro ochenta y sus recios miembros.

—Se requieren voluntarios —dijo—. Tú, tú, tú y tú.

Borya fue el último elegido. Se preguntó qué estaría sucediendo. Pocos prisioneros morían durante la noche. Las cámaras letales estaban entonces inactivas, y se empleaban esas horas para expulsar el gas y fregar el suelo en previsión de la matanza del día siguiente. Los guardias permanecían por lo general en sus barracones, arracimados alrededor de estufas de hierro alimentadas con leña en cuya tala morían muchos prisioneros. Asimismo, los doctores y sus asistentes dormían y recuperaban fuerzas para otro día de experimentos con los reclusos, que eran empleados de forma indiscriminada como cobayas.

Humer miró directamente a Borya.

—Tú me entiendes, ¿no es así?

El ruso no contestó y se limitó a corresponder la mirada siniestra del carcelero. Un año de terror le había enseñado el valor del silencio.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Humer en alemán—. Muy bien. Necesito que entiendas... pero con la boca cerrada.

Otro guardia entró en el pabellón. Llevaba en los brazos cuatro abrigo de lana.

—¿Abrigos? —musitó uno de los rusos.

Ningún prisionero disfrutaba del lujo de un abrigo. A su llegada se les entregaba una sucia camisa de arpillera y unos pantalones astrosos, más harapos que vestimenta. Tras la muerte se los despojaba de ellos para volver a asignarlos, hediondos y

sin lavar, a los recién llegados. El guardia arrojó los abrigos al suelo.

Humer los señaló.

—*Mäntel anziehen.*

Borya se agachó para recoger una de las prendas verdes.

—El sargento quiere que nos los pongamos —explicó en ruso.

Los otros tres siguieron su ejemplo.

La lana picaba, pero se trataba de una sensación agradable. Hacía mucho que Borya no sentía algo remotamente parecido al calor.

—Afuera —ordenó Humer.

Los tres rusos miraron a Borya, que señaló la puerta. Todos salieron a la noche.

Humer dirigía la fila a través del hielo y la nieve, hacia el patio principal, acompañados por un viento gélido que aullaba entre las hileras de pabellones bajos de madera. Ochenta mil personas se hacinaban en los edificios circundantes, más de los que vivían en toda la provincia natal de Borya, Bielorrusia. Este había llegado a hacerse a la idea de que no volvería a ver su casa jamás. El tiempo se había tornado prácticamente irrelevante, pero con el fin de conservar la cordura había tratado de mantener un cierto sentido del mismo. Era finales de marzo. No. Primeros de abril. Y el frío todavía resultaba terrible. ¿Por qué no podía simplemente morir, o ser ejecutado? Centenares afrontaban aquel sino todos los días. ¿Acaso estaba él destinado a sobrevivir a aquel infierno?

¿Pero para qué?

En el patio central, Humer viró a la izquierda y marchó hacia un espacio abierto. La mayoría de las cabañas de los prisioneros se encontraba en un lado. La cocina, el calabozo y la enfermería del campamento estaban al otro. En un extremo estaba el rodillo, una tonelada de acero que era arrastrada todos los días sobre la tierra congelada. Esperaba que su cometido no estuviera relacionado con tan desagradable trabajo.

Humer se detuvo ante cuatro postes altos.

Dos días atrás se había llevado un destacamento al bosque circundante, diez prisioneros de los que Borya había formado parte. Habían talado tres álamos, y un prisionero se había roto un brazo debido al esfuerzo. Allí mismo lo liquidaron de un disparo. Después

cortaron las ramas y cuartearon los troncos, antes de arrastrar la madera hasta el campamento y plantar los postes, de la altura de un hombre, en el patio principal. Pero los palos habían permanecido desnudos el último par de días. En ese momento estaban vigilados por dos guardias armados. Arcos de luz restallaban en el cielo y velaban el aire, amargamente seco.

—Esperad aquí —dijo Humer.

El sargento subió con paso firme una corta escalinata y entró en el calabozo. La luz se derramó desde la puerta abierta hasta delinear un rectángulo amarillo. Un momento después, cuatro hombres desnudos fueron conducidos al exterior. Sus cabezas rubias no estaban rapadas como las de los demás rusos, polacos y judíos que constituían la vasta mayoría de los prisioneros del campamento. Tampoco presentaban la musculatura flácida y los movimientos lentos. Ni la mirada apática o los ojos profundamente hundidos en las cuencas, ni el cuerpo demacrado e hinchado. Aquellos hombres eran robustos. Soldados. Alemanes. Ya había visto antes a otros así. Expresión granítica, sin muestra alguna de emociones. Frialdad pétrea como la noche.

Los cuatro caminaban erguidos y desafiantes, con los brazos a los costados. Ninguno de ellos evidenciaba el frío insoportable que su piel lechosa estaría sufriendo. Humer los acompañó fuera del calabozo y señaló las estacas.

—Por ahí.

Los cuatro alemanes desnudos marcharon donde se les indicó.

Humer se aproximó y arrojó cuatro rollos de cuerda a la nieve.

—Atadlos a los postes.

Los tres compañeros de Borya se lo quedaron mirando. Él se agachó y recogió las cuatro cuerdas, se las entregó a los otros y les indicó lo que debían hacer. Cada uno se acercó a uno de los alemanes desnudos, que aguardaban en posición de firmes ante los bastos postes de álamo. ¿Qué violación había provocado tamaña locura? Pasó el tosco cabo alrededor del pecho de su soldado y amarró el cuerpo a la madera.

—Fuerte —gritó Humer.

El oficial preparó entonces un lazo y apretó cuanto pudo la cuerda áspera contra el pecho desnudo del alemán, que no emitió ni el más

leve quejido. Humer dedicó entonces su atención a los otros tres. Borya aprovechó la oportunidad para susurrar en alemán:

—¿Qué hicisteis?

No hubo respuesta.

Apretó aún más la cuerda.

—Ni siquiera a nosotros nos hacen esto.

—Es un honor enfrentarse abiertamente a tu captor —susurró el teutón.

Sí, pensó. Lo era.

Humer se dio la vuelta mientras Borya ataba el último nudo.

—Ahí —dijo el alemán.

Él y los otros tres rusos se apartaron un poco sobre la nieve virgen. Para alejar el frío, Borya se metió las manos en las axilas y empezó a cambiar el peso de un pie a otro. El abrigo era toda una bendición, el primer calor que había sentido desde su llegada al campamento, momento en que se lo habían despojado por completo de su identidad, reemplazada por un número, el 10901, que le fue tatuado en el antebrazo derecho. En el lado izquierdo del pecho de la camisa andrajosa llevaba cosido un triángulo. La «R» en el interior del mismo denotaba que era ruso. El color también era importante: el rojo para los prisioneros políticos; el verde para los criminales; la estrella de David amarilla para los judíos; el negro y el marrón para los prisioneros de guerra.

Humer parecía estar esperando algo.

Borya miró a su izquierda.

Más relámpagos iluminaron el campo de desfiles hasta el portón principal. La carretera exterior que llegaba al campamento se perdía en las tinieblas. El edificio del cuartel general, justo al otro lado de la valla, se encontraba a oscuras. Entonces vio cómo se abría el portón y cómo una figura solitaria entraba en el campamento. El hombre vestía un abrigo que le llegaba hasta las rodillas. Unos pantalones claros sobresalían de las botas pardas. Llevaba la cabeza cubierta por una gorra clara de oficial. Los muslos abombados del pantalón se abolsaban ante el paso decidido. El vientre prominente del recién llegado abría el camino. Las luces revelaban una nariz aguileña y unos ojos claros. Los rasgos no resultaban desagradables.

Y eran instantáneamente reconocibles.

El último comandante del escuadrón Richthofen, comandante de la Fuerza Aérea alemana, portavoz del Parlamento alemán, primer ministro de Prusia, presidente del Consejo de Estado prusiano, *Reichmaster* de Caza y Pesca, presidente del Consejo de Defensa del Reich, *Reichmarschall* del Gran Reich alemán. El sucesor elegido por el Führer.

Hermann Göring.

Borya ya lo había visto una vez, en 1939. En Roma. Göring apareció entonces vestido con un llamativo traje gris y el cuello protegido por un pañuelo escarlata. Los rubíes adornaban sus dedos gruesos, y en la solapa izquierda llevaba un águila nazi de diamantes. Había pronunciado entonces un discurso contenido en el que urgía a Alemania a ocupar su lugar bajo el sol, y en el que se preguntaba: «¿Qué preferís, cañones o mantequilla? ¿Deberíamos importar sebo o metal? La preparación nos hace poderosos. La mantequilla solo nos hace gordos». Göring había terminado aquella alocución con una perorata en la que prometía que Alemania e Italia marcharían hombro con hombro en el conflicto que se avecinaba. Borya recordó que había escuchado con atención y que no se había sentido especialmente impresionado.

—Caballeros, confío en que se encuentren cómodos —dijo Göring con voz calmada a los cuatro prisioneros amarrados.

Ninguno respondió.

—¿Qué ha dicho, Ýxo? —susurró uno de los rusos.

—Los está ridiculizando.

—Cállate —murmuró Humer—. Presta atención o te unirás a ellos.

Göring se colocó directamente frente a los cuatro hombres desnudos.

—Se lo preguntaré de nuevo a cada uno de ustedes: ¿tienen algo que decir?

Solo el viento respondió.

Göring se acercó poco a poco a uno de los trémulos alemanes. Aquel al que Borya había amarrado al poste.

—Mathias, no tengo duda de que no querrá morir de este modo. Es usted un soldado, un fiel sirviente del Führer.

—El... Führer... no tiene nada... que ver con esto... —balbució el prisionero en alemán, su cuerpo estremecido por violentos temblores.

—Sin embargo, todo cuanto hacemos lo hacemos por su mayor gloria.

—Por lo cual yo... elijo morir.

Göring se encogió de hombros. Un gesto despreocupado, como si acabara de decidir comerse otro pastel. Hizo una señal a Humer. El sargento señaló a su vez a dos guardias, que acercaron un gran tonel hacia los hombres atados. Otro guardia más se acercó con cuatro cazos y los arrojó sobre la nieve. Humer lanzó una mirada a los rusos.

—Llénenlos de agua y acérquense cada uno a un hombre.

Borya explicó a sus compañeros lo que debían hacer, y cada uno recogió un cazo y lo llenó.

—Que no se caiga nada —advirtió Humer.

Borya tenía cuidado, pero el fuerte viento hizo que unas pocas gotas se derramaran. Nadie reparó en ello. Se dirigió hacia el alemán al que había atado al poste, el llamado Mathias. Göring aguardaba en el centro. Se estaba quitando los guantes de cuero negro.

—Mire, Mathias —dijo—. Me estoy quitando los guantes para poder sentir el frío tal y como lo hace usted.

Borya se encontraba lo bastante cerca como para ver el pesado anillo de plata que le rodeaba el dedo corazón de la mano derecha: un guantelete de hierro cerrado en un puño. Göring metió esa mano en el bolsillo del pantalón y sacó una piedra. Era de color dorado como la miel. Borya reconoció su naturaleza: ámbar. Göring le dio unos golpecitos.

—Se los rociará con agua cada cinco minutos hasta que alguien me diga lo que quiero saber o hasta que mueran. Ambas cosas me resultan aceptables. Pero recuerden que aquel que hable vivirá. Y entonces uno de estos rusos miserables ocupará su lugar. Podrán recuperar su abrigo y ser ustedes quienes viertan agua sobre ellos hasta que mueran. Imaginen lo divertido que puede llegar a ser. Lo único que deben hacer es contarme lo que quiero saber. Muy bien: ¿algo que decir?

Silencio.

Göring asintió en dirección a Humer.

—*Gieße es* —dijo Humer. «Vertedla.»

Borya lo hizo, y los otros tres siguieron su ejemplo. El agua empapó la melena rubia de Mathias antes de empezar a caer sobre la cara y el pecho. El vertido vino acompañado de temblores. Pese a todo, el alemán no emitió más sonido que el castañeteo de los dientes.

—¿Algo que decir? —volvió a preguntar Göring.

Nada.

Cinco minutos más tarde se repitió el proceso. Pasados veinte minutos, y después de cuatro cazos de agua más, empezaron a notarse los síntomas de la hipotermia. Göring permanecía impasible y manoseaba el ámbar de forma metódica. Justo antes de que expiraran los siguientes cinco minutos, se acercó a Mathias.

—Esto resulta ridículo. Dígame dónde está escondida *das Bernstein-zimmer* y detenga su sufrimiento. No es algo por lo que merezca la pena morir.

El tembloroso alemán se limitó a devolverle la mirada con actitud admirablemente desafiante. Borya casi odiaba ser el cómplice de Göring en su asesinato.

—*Sie sind ein lügnerisch diebisch-schwein* —logró proferir Mathias entre los dientes apretados. «Eres un cerdo embustero y ladrón». Después escupió.

Göring dio un paso atrás. La saliva le manchaba el pecho del abrigo. Abrió los botones y limpió la mancha, antes de echar atrás los faldones y revelar un uniforme gris perla cargado de condecoraciones.

—Soy su *Reichmarschall*. Solo soy segundo ante el Führer. Nadie sino yo viste este uniforme. ¿Cómo se atreve a pensar que puede mancillararlo tan fácilmente? Va a decirme lo que quiero saber, Mathias, o se congelará hasta morir. Lenta, muy lentamente. No resultará agradable.

El alemán volvió a escupir, y esta vez alcanzó el uniforme. Göring mantuvo una sorprendente calma.

—Admirable, Mathias. Me hago cargo de su fidelidad. ¿Pero cuánto más espera resistir? Mírese. ¿No le gustaría estar calentito?

¿No le apetece acercarse a un gran fuego, envuelto en una manta agradable y cálida? —De repente, Göring se adelantó y de un empujón acercó a Borya hacia el alemán atado. El agua del cazo se derramó sobre la nieve—. Este abrigo resultaría maravilloso, ¿no cree, Mathias? ¿Va a permitir que este cosaco miserable esté tan calentito mientras usted se congela?

El soldado guardó silencio. Únicamente temblaba.

Göring apartó a Borya de un empujón.

—¿Qué tal una pequeña muestra de calor, Mathias?

El *Reichmarschall* se bajó la cremallera del pantalón. La orina caliente trazó un arco y humeó al alcanzar su objetivo, dejando sobre la piel desnuda riachuelos amarillos que corrían hasta alcanzar la nieve. Göring se sacudió el miembro y volvió a subirse la cremallera.

—¿Ya se siente mejor, Mathias?

—*Verrottet in der schweinhölle.*

Borya convino con aquello. «Púdrete en el infierno, cerdo.»

Göring se abalanzó sobre el soldado y le propinó un fuerte revés en la cara, abriéndole una herida con el anillo de plata. Empezó a manar la sangre.

—¡Vierta! —gritó el mariscal.

Borya regresó al tonel y rellenó su cazo.

El alemán llamado Mathias comenzó a gritar.

—*¡Mein Führer! ¡Mein Führer! ¡Mein Führer!* —Su voz era cada vez más fuerte. Los otros tres cautivos se unieron al coro.

Llovió sobre ellos.

Göring se quedó observando el procedimiento mientras mano-seaba el ámbar, ahora con furia. Dos horas más tarde, Mathias murió, envuelto en una costra de hielo. A lo largo de la hora siguiente sucumbieron los otros tres alemanes. Nadie dijo palabra alguna acerca de *das Bernstein-zimmer*.

La Habitación de Ámbar.

Primera parte

1

ATLANTA, GEORGIA

MARTES, 6 DE MAYO, EL PRESENTE, 10.35

La jueza Rachel Cutler echó un vistazo por encima de sus gafas de pasta. El letrado había vuelto a decirlo, y esta vez no iba a dejar pasar el comentario.

—¿Puede repetírmelo, letrado?

—He dicho que la defensa quiere la nulidad del procedimiento.

—No. Antes de eso. ¿Qué es lo que ha dicho?

—He dicho «sí, señor».

—Por si no lo había notado, no soy un señor.

—Completamente cierto, su señoría. Discúlpeme.

—Lo ha hecho cuatro veces esta mañana. He ido anotando cada una de las ocasiones.

El abogado se encogió de hombros.

—Parece un asunto de poca relevancia. ¿Por qué se ha tomado su señoría la molestia de llevar la cuenta de un simple lapsus linguae?

Aquel hijo de perra impertinente incluso se permitió una sonrisa. La jueza se irguió sobre su sillón y lo perforó con la mirada. Pero de inmediato comprendió lo que T. Marcus Nettles pretendía hacer, de modo que no respondió.

—Mi cliente está siendo juzgado por asalto con agravantes, jueza. Pero el tribunal parece más preocupado por el modo en que me dirijo a usted que por el asunto del abuso policial.

Rachel echó un vistazo al jurado, y después a la mesa de la defensa. El ayudante del fiscal del distrito del condado de Fulton se sentaba impasible, aparentemente satisfecho con que su oponente estuviera cavando su propia tumba. Resultaba obvio que aquel joven abogado no comprendía lo que Nettles intentaba.

—Tiene usted toda la razón, letrado —dijo—. Es un asunto insustancial. Proceda.

Se recostó en su silla y percibió la momentánea mirada enojada de Nettles. Una expresión propia del cazador al comprobar que ha errado el tiro.

—¿Qué hay acerca de mi petición de nulidad del procedimiento? —preguntó Nettles.

—Denegada. Sigamos. Continúe con su exposición.

Rachel vio que el presidente del jurado se incorporaba y emitía un veredicto de culpabilidad. Las deliberaciones habían durado menos de veinte minutos.

—Su señoría —dijo Nettles mientras se ponía en pie—, solicito una investigación previa a la sentencia.

—Denegada.

—Solicito una cancelación provisional de la sentencia.

—Denegada.

Nettles pareció reparar en el error que había cometido anteriormente.

—Solicito que este tribunal se recuse a sí mismo.

—¿Sobre qué base?

—Prejuicios.

—¿Hacia qué o quién?

—Hacia mí y hacia mi cliente.

—Explíquese.

—Este tribunal se ha mostrado prejuicioso.

—¿Cómo?

—Con su demostración de esta mañana, acerca del uso inadvertido de «señor» por mi parte.

—Creo recordar, letrado, que admití que se trataba de un asunto sin importancia.

—Sí, lo hizo. Pero nuestra conversación se produjo con el jurado presente, por lo que el daño ya estaba hecho.

—No recuerdo que de nuestra conversación se derivara ninguna protesta ni solicitud de nulidad del procedimiento.

Nettles guardó silencio. La jueza lanzó una mirada al ayudante del fiscal del distrito.

—¿Cuál es la posición del Estado?

—El Estado se opone a la moción. El tribunal ha sido justo.

Rachel reprimió una sonrisa. Al menos, aquel joven abogado se sabía la respuesta correcta.

—La moción de recusación queda denegada. —Se quedó mirando al defensor, un joven blanco de pelo desaliñado y la cara picada por la viruela—. Que se levante el acusado. —Así lo hizo—. Barry King, ha sido encontrado culpable del delito de asalto con agravantes. Por tanto, este tribunal lo condena a cumplir una sentencia de veinte años en prisión. El alguacil se hará cargo de la custodia del acusado.

Dicho esto, la jueza se levantó y se encaminó hacia la puerta forrada de roble que conducía a su despacho.

—Señor Nettles, ¿podría hablar un momento con usted? —El ayudante del fiscal del distrito se levantó y se dirigió hacia ella—. A solas.

Nettles dejó a su cliente, que en ese momento estaba siendo esposado, y la acompañó a su despacho.

—Cierre la puerta, por favor. —La jueza se bajó la cremallera de la toga, pero no se la quitó. Se colocó detrás de su escritorio—. Buen intento, letrado.

—¿Cuál de ellos?

—El primero, cuando pensó que aquel ataque con el «señor» y «señora» iba a hacerme saltar. Con su defensa de tres al cuarto le estaban dando por todas partes, de modo que pensó que, si me hacía perder los papeles, conseguiría la nulidad del procedimiento.

Él se encogió de hombros.

—Hay que hacer todo lo posible.

—Lo que hay que hacer es mostrar respeto hacia el tribunal y no llamar «señor» a una jueza. Pero usted persistió. Y de forma deliberada.

—Acaba usted de sentenciar a mi cliente a veinte años sin el beneficio de una vista previa a la sentencia. Si eso no es prejuicio, ¿qué lo es?

Rachel se sentó entonces, sin ofrecer asiento al abogado.

—No necesitaba una vista. Hace dos años condené a King por agresión con agravantes. Seis meses en la cárcel y otros seis en

régimen condicional. Lo recuerdo. Esta vez cogió un bate de béisbol y le abrió la cabeza a un hombre. Ha agotado mis escasas reservas de paciencia.

—Debería haberse recusado. Toda esa información ha nublado su juicio.

—¿De veras? Tenga en cuenta que la investigación previa a la sentencia por la que clamaba hubiera revelado todo eso. No hice más que ahorrarle el problema de esperar lo inevitable.

—Es usted una puta y una ramera.

—Eso va a costarle cien dólares. A pagar ahora mismo. Junto con otros cien por el numerito en la sala.

—Tengo derecho a una vista antes de que me condene por desacato.

—Es cierto. Pero créame que no le conviene. No ayudará en nada a esa imagen chovinista que tanto se esfuerza por mostrarnos.

El abogado no respondió y Rachel pudo sentir cómo la caldera comenzaba a bullir. Nettles era un hombre grueso y con papada, reputado por su tenacidad. Sin duda, no estaba acostumbrado a recibir órdenes de una mujer.

—Y cada vez que pretenda montar otro numerito en mi sala con ese culo gordo, le costará otros cien dólares.

El abogado dio un paso hacia la mesa y sacó un fajo de billetes del que extrajo dos billetes de cien dólares nuevos, con el retrato hinchado de Ben Franklin. Depositó ambos sobre la mesa, antes de desdoblar tres más.

—Que la follen.

Cayó un billete.

—Que la follen.

Cayó el segundo.

—Que la follen.

El tercer Ben Franklin terminó sobre la mesa.

Rachel se puso la toga, regresó a la sala y subió los tres escalones que la conducían al asiento de roble que llevaba ocupando cuatro años. El reloj al otro extremo de la sala marcaba las dos menos cuarto de la tarde. Se preguntó durante cuánto tiempo conservaría el privilegio de ser jueza. Aquel era año electoral. El período de habilitación había terminado dos semanas atrás, y le habían salido dos oponentes para las primarias de julio. Se oían comentarios acerca de gente que pensaba entrar en la carrera, sí, pero hasta las cinco menos diez de la tarde del viernes no había aparecido nadie para depositar la fianza de cuatro mil dólares necesaria para participar. Lo que podía haber sido una sencilla elección sin oposición había evolucionado hasta tornarse un largo verano de discursos y recaudación de fondos. Ninguna de las dos actividades resultaba placentera.

En aquel momento no necesitaba más problemas. Tenía la agenda atestada, y cada día que pasaba se le acumulaban más casos. Sin embargo, aquel día quedó acortado por el rápido veredicto en el estado de Georgia contra Barry King. Menos de media hora de deliberación era muy poco tiempo, se mirara como se mirara. Resultaba evidente que los miembros del jurado no se habían sentido impresionados por las artimañas teatrales de T. Marcus Nettles.

Disponía de la tarde libre, de modo que decidió dedicarla a tareas atrasadas no relacionadas con los asuntos que la habían tenido durante

dos semanas ocupada con juicios. Había sido una serie de procesos bastante productiva: cuatro condenas, seis declaraciones de culpabilidad y una absolución. Once causas criminales fuera del camino, lo que hacía espacio para la nueva tanda que, según su secretaria, le llevaría por la mañana el encargado del reparto.

El *Fulton County Daily Report* valoraba todos los años a los jueces del tribunal superior. Durante los últimos tres años Rachel había permanecido cerca de la cima, pues disponía de los casos más rápidamente que la mayoría de sus colegas, con una proporción de correcciones en los tribunales de apelación de solo el dos por ciento. No estaba mal tener razón en el noventa y ocho por ciento de las ocasiones.

Se acomodó en su sillón y observó cómo pasaba el desfile vespertino. Los abogados entraban y salían, algunos acompañados por clientes necesitados de un divorcio definitivo o la firma de un juez. Otros buscaban la resolución de asuntos en causas civiles pendientes de juicio. En resumen, unas cuarenta cuestiones diferentes. Para cuando volvió a echar una ojeada al reloj de la pared de enfrente, ya eran las cuatro y cuarto de la tarde y no quedaban más que dos asuntos pendientes. El primero era una adopción, unas cuestiones con las que realmente disfrutaba. El muchacho, de siete años, le recordaba a Brent, su propio hijo, que tenía la misma edad. El último asunto era un sencillo cambio de nombre en el que el peticionario no estaba representado por letrado alguno. Rachel había dejado aquello intencionadamente para el final, con la esperanza de que para entonces la sala estuviera vacía.

El secretario le entregó el informe.

La jueza se quedó mirando al viejo, vestido con una chaqueta beis de *tweed* y unos pantalones marrones, de pie ante la mesa de los abogados.

—¿Cuál es su nombre completo? —le preguntó.

—Karl Bates. —Su voz cansada tenía acento del este de Europa.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en el condado de Fulton?

—Cuarenta y seis años.

—¿No nació usted en este país?

—No. Procedo de Bielorrusia.

—¿Y es usted ciudadano estadounidense?

Él asintió.

—Soy un hombre anciano. Ochenta y tres. He pasado aquí casi la mitad de mi vida.

Ni la pregunta ni la respuesta eran relevantes para la petición, pero ni el pasante ni el secretario del juzgado dijeron nada. Por su expresión, parecían comprender la situación.

—Mis padres, hermanos y hermanas... fueron todos asesinados por nazis. Muchos murieron en Bielorrusia. Éramos rusos blancos. Gente muy orgullosa. Después de la guerra, cuando soviéticos se anexionaron nuestras tierras, no quedamos muchos. Stalin era peor que Hitler. Un loco. Un carnicero. Cuando él llegó, a mí ya no me quedaba nada en mi antiguo hogar, de modo que marché. Este país era la tierra de las promesas, ¿no?

—¿Era usted ciudadano ruso?

—Creo que designación correcta era ciudadano soviético. —Negó con la cabeza—. Aunque yo nunca me consideré soviético.

—¿Sirvió durante la guerra?

—Solo por necesidad. La Gran Guerra Patriótica, la llamaba Stalin. Fui teniente. Me capturaron y me enviaron a Mauthausen. Dieciséis meses en un campo de concentración.

—Y cuando llegó aquí, ¿a qué se dedicó?

—Orfebrería.

—Ha solicitado usted a este tribunal un cambio de nombre. ¿Por qué desea ser conocido como Karol Borya?

—Es mi nombre de nacimiento. Mi padre me llamó Karol, que significa «voluntad fuerte». Fui el más joven de seis y casi morí al nacer. Cuando llegué a este país pensé que debía proteger mi identidad. En la Unión Soviética trabajé para comisión gubernamental. Odiaba a los comunistas. Ellos arruinaron mi patria y yo denuncié. Stalin envió muchos hombres de campo a cárceles siberianas. Pensé que mi familia sufriría. Muy pocos podían marchar entonces. Pero antes de morir quiero recuperar herencia.

—¿Está usted enfermo?

—No. Pero me pregunto cuánto aguantará este cuerpo cansado.

Rachel miró al anciano que tenía delante, encogido por la edad, pero aun así distinguido. Sus ojos eran inescrutables y profundos, el cabello completamente blanco, la voz grave y enigmática.

—Tiene un aspecto estupendo para alguien de su edad.

Él sonrió.

—¿Pretende usar este cambio de nombre para defraudar, evadir una causa judicial u ocultarse de algún acreedor?

—Jamás.

—Entonces le concedo su petición. Volverá usted a ser Karl Borya.

Firmó la orden adjunta a la petición y entregó el informe al secretario. Se levantó del estrado y se acercó al anciano, por cuyas mejillas arrugadas caían las lágrimas. Rachel también estaba al borde del llanto.

—Te quiero, papá —le dijo en voz baja mientras lo abrazaba.

Paul Cutler se levantó del sillón de roble y se dirigió al tribunal. Su paciencia de abogado se estaba acabando.

—Su señoría, la herencia no discute los servicios del peticionario. Lo único que discutimos es la cantidad que intenta cobrar por ellos. Doce mil trescientos dólares se nos antoja muchísimo dinero por pintar una casa.

—Era una casa muy grande —indicó el abogado del acreedor.

—Ya debe serlo —añadió el juez de legalización.

—La casa tiene ciento ochenta y cinco metros cuadrados —siguió Paul—. No hay en ella nada fuera de lo ordinario. El trabajo de pintura debió ser rutinario por fuerza. El peticionario no tiene derecho a recibir la cantidad solicitada.

—Señoría, el finado contrató con mi cliente la pintura completa de su casa, y ese es el trabajo que él realizó.

—Lo que el peticionario hizo, señoría, fue aprovecharse de un anciano de setenta y tres años. No realizó servicios por valor de doce mil trescientos dólares.

—El finado prometió a mi cliente una bonificación si terminaba en menos de una semana, cosa que hizo.

Paul no podía creerse que el otro abogado intentara colar sus argumentos sin echarse a reír.

—Eso resulta de lo más conveniente, sobre todo si consideramos que la única persona capaz de contradecir esa promesa ha muerto. La conclusión es que nuestro bufete es el ejecutor designado de la

herencia, y que en buena conciencia no pensamos satisfacer esta factura.

—¿Quieren ir a juicio? —preguntó a la otra parte el ceñudo juez.

El abogado del acreedor se inclinó hacia delante y susurró algo al oído del pintor, un hombre más joven y claramente incómodo con su traje marrón de poliéster y su corbata.

—No, señor. Quizá un compromiso. Siete mil quinientos.

Paul no se amilanó.

—Mil doscientos cincuenta. Ni un centavo más. Hemos llamado a otro pintor para que supervise el trabajo realizado. Por lo que se me ha dicho, tenemos una buena base para presentar demanda por un trabajo de mala calidad. Además, parece que la pintura se ha aguada. Por lo que a mí respecta, que decida un jurado. —Miró al otro abogado—. Yo gano doscientos veinte dólares por cada hora que estemos discutiendo, letrado, así que puede tardar lo que desee.

El otro abogado ni siquiera lo consultó con su cliente.

—Carecemos de los recursos para litigar en este asunto, de modo que no tenemos más opción que aceptar la oferta de la herencia.

—Ya te digo. Maldito extorsionista... —musitó Paul con el tono justo para que el otro abogado pudiera oírlo mientras recogían sus papeles.

—Solicite una orden, señor Cutler —dijo el juez.

Paul abandonó rápidamente la sala de audiencias y recorrió los pasillos de la división de legalización del condado de Fulton. Se encontraba tres plantas por debajo de la *mélange* del tribunal superior, y era un mundo aparte. Nada de sensacionales asesinatos, litigios de altos vuelos o enconados divorcios. Testamentos, representaciones y custodias conformaban su limitada jurisdicción, asuntos mundanos, aburridos, con pruebas que solían consistir en recuerdos diluidos e historias de alianzas, tanto reales como imaginarias. Un reciente estatuto estatal, cuyo borrador Paul había ayudado a redactar, permitía la celebración de juicios en determinados supuestos, y en ocasiones un litigante se acogía a esta posibilidad. Pero en gran medida los asuntos eran atendidos por jueces estables y de cierta edad, antiguos abogados que en el

pasado habían recorrido aquellas mismas salas en busca de cartas testamentarias.

Desde que la Universidad de Georgia lo sacara al mundo con un doctorado en Derecho, el trabajo de legalización se había convertido en la especialidad de Paul. No entró directamente en la escuela de Derecho desde la universidad, ya que había sido sumariamente rechazado por las veintidós en las que solicitó plaza. Su padre estaba destrozado. Durante tres años Paul trabajó en el Georgia Citizens Bank, en el departamento de legalización y representación, como pasante glorificado. La experiencia supuso una motivación suficiente para volver a probar suerte con el examen de ingreso en la escuela de Derecho. Al final fueron tres las facultades que lo admitieron, y una pasantía de tres años cristalizó tras su graduación en un trabajo en Pridgen & Woodworth. Ahora, trece años después, era socio parcial de la compañía y tenía la experiencia suficiente en el departamento de legalización y representación como para ser el siguiente en la lista para convertirse en socio de pleno derecho y hacerse con las riendas de su sección.

Volvió una esquina y se dirigió hacia las puertas dobles que había al otro extremo del pasillo.

El día había sido una locura. La moción del pintor llevaba programada más de una semana, pero justo después del almuerzo su oficina había recibido una llamada del abogado de otro acreedor para que atendiera otra audiencia organizada a toda prisa. En principio se había programado para las cuatro y media de la tarde, pero el abogado de la otra parte no había aparecido, de modo que él se había marchado a una sala de audiencias adyacente para ocuparse del intento de robo del pintor.

Abrió las puertas de golpe y recorrió el pasillo central de la sala de juicios, vacía en ese momento.

—¿Se sabe algo ya de Marcus Nettles?—preguntó a la secretaria que había en el otro extremo.

Una sonrisa arrugó el rostro de la mujer.

—Desde luego.

—Son casi las cinco. ¿Dónde está?

—Ha recibido una invitación del departamento del *sheriff*. Lo último que sé de él es que lo tienen en una celda.

Paul dejó caer el maletín sobre la mesa de roble.

—Estás de guasa.

—No. La tuvo con tu ex esta mañana.

—¿Con Rachel?

La secretaria asintió.

—Se rumorea que se pasó de listo con ella en el despacho. Le pagó trescientos dólares y la mandó tres veces donde puedes imaginarte.

Las puertas de la sala se abrieron para dejar paso a T. Marcus Nettles. Su traje beis de Neiman Marcus estaba arrugado, la corbata Gucci mal colocada, los zapatos italianos sucios y llenos de rozaduras.

—Ya era hora, Marcus. ¿Qué ha pasado?

—Esa perra a la que llamabas esposa me ha metido en un calabozo y allí me ha tenido desde esta mañana. —La voz de barítono era tensa—. Dime, Paul, ¿es de verdad una mujer, o una especie de híbrido con huevos entre esas piernas tan largas?

Paul se dispuso a contestarle, pero prefirió dejarlo pasar.

—Se me echa encima, delante del jurado, por llamarla «señor»...

—Cuatro veces, por lo que he oído —dijo la secretaria.

—Sí. Probablemente. Después de intentar conseguir la nulidad del procedimiento, que debería haberme concedido, le echa a mi cliente veinte años sin una audiencia previa. Después pretende darme lecciones de ética. No necesito gilipollices de esas, en especial de una zorra listilla. Te juro que voy a meter dinero en la campaña de sus oponentes. Un montón de dinero. Pienso librarme de este problema el segundo jueves de julio.

Paul ya había oído suficiente.

—¿Estás preparado para discutir este asunto?

Nettles depositó su maletín sobre la mesa.

—¿Por qué no? Llegué a imaginarme que me pasaría toda la noche en esa celda. Parece que la muy puta tiene corazón y todo.

—Ya es suficiente, Marcus —respondió Paul con una voz más firme de lo que había pretendido.

Nettles entrecerró los ojos y lo taladró con una mirada feroz que parecía leerle el pensamiento.

—¿Y a ti qué coño te importa? ¿Cuánto lleváis divorciados, tres años? Debe de sacarte un buen pellizco todos los meses con la excusa de la manutención.

Paul guardó silencio.

—No me jodas —siguió Nettles—. Todavía te mola, ¿eh?

—¿Podemos proceder?

—Qué hijo de puta, claro que te mola. —Nettles sacudió la cabeza bulbosa.

Se dirigió hacia la otra mesa y se preparó para la vista. La secretaria se levantó de su silla para ir a por el juez. Paul se alegró de que se marchara. Los rumores de tribunales se extendían como la pólvora.

Nettles acomodó su corpulencia en el asiento.

—Paul, chaval, acepta un consejo de un pentaperdedor: una vez que te libras de ellas, asegúrate de haberte librado de ellas.